

GALILEA AÑO 30



El Almendro en

Biblioteca Herder

CARLOS BRAVO

GALILEA AÑO 30

Para leer el evangelio de Marcos

Herder

Este título ha sido publicado anteriormente por la editorial El Almendro
bajo el ISBN: 978-84-86077907

Diseño de la cubierta: PURPLEPRINT creative

© 2021, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-4569-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Servicepoint

Depósito legal: B-9.344-2021

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

CONTENIDO

PRÓLOGO	11
1. JESÚS, EL MESÍAS, EL HIJO DE DIOS	13
Para situarse (1,1)	13
Aquel gran hombre llamado Juan (1,2-8)	15
Tocan a conversión (1,9-11)	17
¿Papá-Dios u otro Dios? (1,12-13)	21
La decisión (1,14a)	23
Es tiempo de que Papá-Dios responda al pobre (1,14b-15)	24
Compañeros para el Reino (1,16-20)	25
2. JESÚS, RESPONSABLE POR LA VIDA	29
Contra lo que deshumaniza al hombre (1,21-28)	29
La tentación (1,29-39)	32
Palabras mayores (1,40-45)	35
Conflictos con los buenos. Claves para interpretarlos correctamente (2,1-3,6)	37
Días después se supo que estaba en su casa (2,1-12)	38
¿Por qué come con pecadores? (2,13-17)	40
El Reino no es un parche (2,18-22)	41
De comidas y de sábados (2,23-26)	42
El sábado, la vida o la muerte (3,1-6)	43
<i>Seguimiento y per-seguimiento</i>	44
La gente y los Doce: seguimiento (3,7-19)	44
La familia y los jefes judíos: per-seguimiento (3,20-35)	45
<i>A protegerse llaman</i>	47
Para que no cualquiera entienda (4,1-34)	48
Negros nubarrones (4,35-41)	51

<i>Jesús, señor de la vida</i>	52
Un hombre muerto en vida (5,1-20)	52
Unas mujeres muertas en vida (5,21-43)	54
Nazaret: el escándalo. Anuncios de crisis y fracasos (6,1-6)	57
 3. JESÚS Y LOS DOCE, RESPONSABLES POR LA VIDA	61
Misión: predicar el Reino en pobreza (6,7-12)	61
Entre tanto, Herodes... (6,14-16)	63
Baile y juramento (6,17-29)	66
Discípulos, pueblo, Jesús, panes, salud, vida (6,30-46)	67
Tempestades, miedos, falta de fe (6,47-56)	71
El centro de la tormenta: la ley de la pureza (7,1-23)	73
Perros y demonios (7,24-30)	77
Poder oír y poder hablar (7,31-37)	78
El hambre del pueblo pagano (8,1-9)	78
¿Señales del cielo o de la tierra? (8,10-21)	79
Como un ciego (8,22-26)	81
 4. CRISIS Y CONFIRMACIÓN	83
La crisis de Jesús y del grupo (8,27-9,1)	83
La confirmación del Padre (9,2-10)	87
 5. FORMACIÓN A LOS DOCE DISCÍPULOS	91
«Sepan descubrir en qué tiempos están viviendo» (r) (9,11-13)	92
«Si no hacen oración no podrán contra el mal» (r) (9,14-29)	93
«El tiempo de cruz» (a) (9,30-32)	94
«Busquen ponerse al servicio de los otros» (c) (9,33-35)	95
«Estén al servicio de los últimos, de los pequeños» (a) (9,36s)	96
«Ustedes no tienen el monopolio en la lucha contra el mal» (c)- (9,38-50)	97
Rumbo a Judea. Instrucciones para comprender el Reino (10,1-45).	100
«La mujer no es inferior al hombre» (r) (10,2-12)	100
«A Dios le importan los que el mundo desprecia: son los destina- tarios de su Reino» (c) (10,13-16)	102
«La riqueza es un serio peligro, porque impide la relación correc- ta con el Padre y con los hermanos» (a) (10,17-27)	103
«El patrimonio de los pobres es la abundancia del Reino» (r) (10,28-31)	106
«Los hombres me van a matar, pero yo tengo puesta mi confian- za en que el Padre me rescatará» (a) (10,32-34)	107
«Distíngase en el servicio a los demás» (c) (10,35-45)	108
Un ciego proclama Mesías a Jesús, ya cerca de Jerusalén (10,46-52).	110

6. EL JUICIO DE JESÚS CONTRA JERUSALÉN. ÚLTIMOS DÍAS DE SU VIDA	113
Un Mesías que viene en un burro (11,1-11)	117
El templo, esa bella higuera estéril (11,12-24)	119
Reclamaciones y amenazas. Un Sanedrín sin autoridad (11,27-12,12).	123
Dios o el César. La hipocresía de fariseos y herodianos (12,13-17) ..	126
¿Resurrección como retorno? Los saduceos sin camino (12,18-27).	128
Jesús, el hombre que cree en Dios (12,28-34)	130
Los escribas están equivocados en su modo de pensar y actuar (12, 35-40)	132
Dios, la viuda pobre y los ricos (12,41-44)	133
Este templo ya no tiene sentido: será destruido (13,1-2)	134
Ante el final: advertencias a los discípulos (13,3-37)	135
7. EL JUICIO DE JERUSALÉN CONTRA JESÚS	141
Faltaban dos días... (14,1-2)	141
¿Ungido para el poder o para la muerte? (14,3-8)	141
Los preparativos de la traición (14,9-11)	143
Preparativos de la cena (14,12-16)	143
La cena: presagios de la traición (14,17-21)	144
Jesús: pan partido y compartido (14,22-25)	145
Rumbo a la soledad y el abandono (14,26-31)	148
Silencio del Padre y abandono de los amigos (14,32-42)	148
Judas, uno de los Doce (14,43-52)	152
Condena del Sanedrín, condena de Pedro (14,53-72)	153
La jugada maestra: pase a Pilato (15,1-5)	156
¿Una alternativa en favor de Jesús? (15,6-15)	158
Rey de burlas (15,16-20)	160
Camino de cruz (15,21-24)	161
Amenaza para la seguridad nacional (15,25-32)	163
Como si toda la luz del mundo se hubiera acabado (15,33-36)	163
Nada más un último grito... (15,37-39)	164
Sólo las mujeres (15,40-41)	165
Sepultado también en vergüenza (15,42-47)	166
<i>Sin nada que esperar</i>	167
8. INCONCLUSIÓN	169
Una última mirada al sepulcro (16,1-8)	169
NOTA EXPLICATORIA FINAL	171
NOTA DEL PRIMER EDITOR	175

PROLOGO

Este libro nace como exigencia de otro anterior, Jesús, hombre en conflicto, en el que sugeríamos que el conflicto es una clave de lectura imprescindible para comprender el evangelio de Marcos y su teología de la cruz como lugar de la revelación de Jesús como Hijo de Dios. Todo eso en un momento en que se habla de Jesús en base a títulos cuyo contenido puede malinterpretarse si se olvida su historia, su carne.

Ese primer libro fue una adaptación de la tesis para el doctorado en teología. Había ido gestándose a partir de la enseñanza teológica y de la cálida experiencia de las comunidades de base. Pero el momento eclesial exigía un libro que fundamentara exegética y teológicamente la interpretación que proponía. Por eso, aunque ha sido bastante aceptado por el público y por la crítica (una edición española en Sal Terrae y dos ediciones en Méjico en el CRT), la conciencia de que no es un libro fácil de leer para el público medio y popular, que es para quienes quise profundizar el evangelio, me urgía a hacer algo más asequible. A él me remito para la fundamentación de lo que en éste hay de interpretación bíblica.

La intuición cuajó hace apenas unos tres meses. La experiencia de reescribir el evangelio me llegó a emocionar en varios momentos; puedo confesar sin rubor que fue hecho en ambiente de oración. Creo ser fiel a la intención de Marcos, a quien intento hacer presente y actual, como si nos escribiera, ampliando su narración

y descifrándonos las claves de lectura que nos abren la puerta a su intención y a su mensaje.

Si este libro ayuda al pueblo pobre a profundizar en el conocimiento interno del Señor, que por nosotros se hizo hombre, para que más le amemos y le sigamos, habré pagado apenas algo de la deuda que tengo con quienes me han evangelizado.

Méjico, D.F., a 23 de noviembre de 1989,
fiesta del Beato Miguel A. Pro, SJ,
a los sesenta y dos años de su sacrificio
y a una semana del asesinato de los seis compañeros jesuitas de El Salvador
y de las dos mujeres que trabajaban con ellos:
Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín Baró, Amando López,
Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López,
Elva Ramos y Celina Ramos.
Su sangre ha confirmado que el camino del compromiso
con la liberación y la vida plena de su pueblo
es el camino verdadero al reino del Padre.

CARLOS BRAVO GALLARDO, SJ

NOTA DEL EDITOR ESPAÑOL

Este libro ha sido publicado originariamente en Méjico. Para su edición española hemos preferido dejar intacto el estilo en el que se escribió. «Castellanizarlo» hubiera sido quitarle parte de su encanto. El lector español sabrá disculparnos si encuentra en estas páginas algunos modismos o expresiones que resulten extraños a su oído. Salvado este pequeño obstáculo, tendrá la suerte de descubrir de nuevo la fuerza del mensaje originario de Jesús. No nos cabe la menor duda.

JESUS, EL MESIAS, EL HIJO DE DIOS

PARA SITUARSE
(1,1)

Les voy a dar un *notición* sobre Jesús, nuestro Liberador, el Hijo de Papá-Dios. Bueno, tal vez les parezca falta de respeto esta manera de hablar de él. Pero lo hago por fidelidad a Jesús, porque así nos enseñó él a nombrar a Dios. No crean: también a nosotros nos disonaba al principio; nos costó trabajo aceptarlo; mucho le tuvimos que pedir que nos enseñara a rezarle a Papá-Dios como él lo hacía. Sentíamos que había que atreverse a mucho para decirle así a él, el Innombrable, el Señor de los Ejércitos, el Santo de los Santos, el Separado en el espacio sacro del templo, el Inaccesible y Lejano. Teníamos que cambiar nuestra mentalidad, que convertirnos para dar ese paso.

Vivíamos en tiempos de persecución. En vísperas del levantamiento zelota en Judea, el Imperio estaba preocupado. Nerón, además, veía en la actitud irreductible de los cristianos un adversario a sus pretensiones de divinización. Además de esa amenaza exterior, la comunidad sufría las presiones de los judaizantes, que pretendían que para ser cristianos había que asumir todas las prescripciones rituales del Antiguo Testamento. No era fácil el momento. Estábamos rompiendo el cordón umbilical con el pueblo judío, pero eso producía enfrentamientos dentro mismo de la comunidad.

Y corríamos otro riesgo aún peor: el de vaciar la realidad humana de Jesús y de la fe en él, en aras de un espiritualismo desencarnado que servía de fuga de las responsabilidades sobre la historia. Muchos se dejaban llevar por una actitud entusiasta, que daba más importancia a fenómenos carismáticos de tipo místico que a una vida comprometida con el amor y la justicia. De Jesús se hablaba como alguien del pasado, que había sido exaltado y llevado al cielo, pero ya sin conexión con la historia. Se le confesaba como el Mesías, como el Hijo de Dios, pero esos términos no decían ya nada de lo que él había sido cuando vivió entre nosotros. Los paganos también hablaban de hijos de dioses, los judíos seguían esperando un libertador, y desde esas concepciones ya no se sabía qué quería decir que Jesús fuera Mesías e Hijo de Dios.

Por eso me decidí a escribir los recuerdos que había sobre su vida: para que ésta explicara lo que confesábamos de Jesús. No eran los títulos los que explicaban la vida de Jesús, sino más bien su práctica la que hacía comprensibles los títulos que le atribuíamos. Porque, finalmente, no bastaba decir que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios; había que decir qué Mesías y qué Hijo de Dios era y cómo lo era. No bastaba el *qué*, se necesitaba el *cómo*.

Pero sólo les voy a hablar de cómo comenzó todo este asunto de Jesús. No les diré cómo terminó. Eso tienen que descubrirlo por ustedes mismos. Porque nadie puede sustituirnos en esa experiencia. Es como tocar a Dios mismo. O lo hace uno o no lo hace nadie por uno.

Yo, pues, lo que voy a hacer es abrirles el camino a esa experiencia, que sólo la tendrán si regresan a Galilea a seguirlo, como él nos dijo, haciendo lo mismo que él. Para eso les voy a contar lo que hizo durante el tiempo que vivió entre nosotros.

Tampoco les voy a decir nada de cuando él era muchacho. Yo no pude averiguar nada sobre ese período porque era uno de tantos, sin nada especial. Además, lo que realmente nos había impactado era lo que hizo en el corto tiempo en que convivimos con él. Yo no anduve con él, sino con los que le conocieron personalmente; pero la manera como hablaban de él era tan

honda, que después de haber escrito todo esto siento como si siempre lo hubiera conocido, como si hubiéramos sido amigos de toda la vida. Y mi más profunda convicción es que él sigue vivo... El Padre no podía dejar en la muerte a quien había amado la vida de los demás incluso por encima de la vida propia.

Y con las cosas que fui averiguando de uno y de otro comencé a tejer este relato. No está escrito de acuerdo a un orden cronológico; no es una *vida de Jesús* en la que pudieran encontrarse con los datos objetivos de lo que él hizo y dijo. He pensado que, además de imposible, un relato así no serviría para nada. No les ayudaría para seguir a Jesús en la fe. Por eso les comunico al mismo tiempo lo que recordamos de Jesús, pero visto desde lo que él significó para nosotros. Ojalá que con esta experiencia que les comunico ustedes lleguen a la convicción de que él *vive*, que ha sido confirmado por el Padre como *norma viva* y que vivir como él *prosiguiendo su causa* es la única manera de corresponder al regalo que en él nos dio el Padre.

Pero ya no les digo más en esta introducción, porque creo que me estoy adelantando. Hagan cuenta que no les he dicho nada y empecemos por el principio.

AQUEL GRAN HOMBRE LLAMADO JUAN (1,2-8)

Hasta después de que resucitó fuimos entreviendo cada vez con más claridad quién era él y fuimos comprendiendo su causa y su mensaje; durante mucho tiempo su Espíritu fue venciendo nuestra dureza de corazón y nos fue ayudando a desentrañar en sus hechos y en sus dichos lo que realmente era en profundidad. En el Antiguo Testamento encontramos mucha luz para eso. Releyendo a los profetas —creo que a Isaías— nos encontramos aquello que dice Dios: «Mira, yo envío mi mensajero delante de mí a prepararme el camino.» Y también aquello otro: «Voz de uno que grita en el desierto: preparen el camino del Señor, rectifiquen los senderos de nuestro Dios.»

Al leerlo nos parecía que Dios mismo se estuviera refiriendo

a Jesús: «Yo envío mi mensajero delante de ti a preparar tu camino...; él será voz que grite en el desierto: "preparen el camino del liberador, rectifiquen sus senderos..."»

Y eso lo vimos cumplirse en Juan el Bautista, maestro de muchos de nosotros, incluso de Jesús mismo. El anduvo por el desierto invitando a la gente a que se bautizara, se convirtiera y se les perdonaran sus pecados.

¿Que cómo bautizaba en el desierto si allí no había agua? Bueno, no lo tomen al pie de la letra. Todos usamos imágenes, símbolos para hablar de las experiencias más hondas para las que las palabras ordinarias no bastan. Es lo mismo que decir que en el desierto brotaba la vida. El desierto nos evocaba aquel largo tiempo de prueba y tentaciones, de despojo, durante el cual nuestros padres se fueron haciendo pueblo de Dios. Por eso digo que Juan bautizaba al pueblo *en el desierto*. Toda la gente de Judea y los habitantes todos de Jerusalén salían tras él, y una vez que confesaban sus pecados, él los bautizaba en el Jordán.

También el Jordán era un lugar lleno de recuerdos: por ahí atravesaron nuestros padres cuando entraron a la tierra prometida. Venían del Sur, subieron por el lado oriental del mar Muerto y atravesaron a pie el Jordán. Detrás de ellos quedó toda una historia de sufrimiento y muerte y ahora entraban a la vida. De todo eso era símbolo ese rito que hacía Juan. Nos recordaba el pasado al que habíamos muerto y nos simbolizaba una vida nueva que se nos abría por delante.

Juan nos hablaba muy duro, era muy exigente, consigo mismo, era como Elías, el profeta enfrentado con el sistema. Había renunciado a todo privilegio humano, se cubría con una piel de camello y comía saltamontes, miel de avispas, lo que hallaba.

Por fin, después de cientos de años sin que se dejara oír la voz de Dios en palabras humanas, volvíamos a tener un profeta. Era el primero que abría una alternativa de salvación al pueblo, al que despreciaban los fariseos, los esenios, los sacerdotes, los romanos, Herodes, todos. Y para colmo nos hacían creer que también Dios nos despreciaba, que ya no teníamos alternativa, que el Reino era sólo para los selectos. Juan rompió con esas

visiones cerradas. En él encontramos por fin alguien que nos decía que la salvación era también para el pueblo, para los pecadores, si nos arrepentíamos de nuestros pecados, si nos convertíamos, si nos atrevíamos a confiar en Dios.

Juan se sabía amenazado porque se había atrevido a hacer lo que nadie. En un tiempo en que la salvación se reservaba a los selectos y el perdón se ofrecía en el templo mediante sacrificios que realizaba un sacerdote, Juan cambió todo: ofreció la salvación al pueblo pecador en el desierto, en un lugar no sagrado, y no mediante sacrificios, sino mediante la conversión, y no por mediación de los sacerdotes, sino por uno del pueblo, porque eso era Juan, aunque según se decía era hijo de un sacerdote y de una mujer que lo había concebido después de años de esterilidad.

Pero Juan era humilde. Nunca se le subió a la cabeza la fama tan grande que corría sobre él. Se sabía de paso. Muchas veces hablaba a la gente diciéndole: «Detrás de mí viene uno que es más fuerte que yo.» «Pero ¿para qué queremos alguien más fuerte que tú?», le contestaban algunos. Y él seguía con una imagen que no decía mucho a los judíos: «Es que yo no soy el esposo. El que viene detrás va a rescatar por sí mismo al pueblo para Dios. Yo no tengo por qué suplantarle ese derecho de rescate. Quitarle la sandalia al que va a cumplir con esa obligación es insultarlo. Vean que yo les bautizo nada más que con agua, él les inundará de Espíritu Santo.»

TOCAN A CONVERSION (1,9-11)

Eran tiempos de expectativas. Se esperaba la famosa «edad de oro». Los poetas latinos hablaban del emperador como de aquel con quien cambiaría la suerte de la humanidad. Se había forjado el mito de la famosa *pax romana*. César Augusto era venerado como el «salvador», el «restaurador del mundo», el «dios presente», y como tal se le rendía culto.

Si esas ansias se percibían en Roma, con mayor razón en

nuestra tierra, sometida bajo la dominación desde tiempo inmemorial. Apenas habíamos vivido la ilusión de la tierra prometida unos años bajo David y Salomón; más adelante vino el desmembramiento del reino y la destrucción, hacía ya ocho siglos, del reino del Norte, patria de diez tribus. Solamente habían quedado en el Sur las tribus de Judá y de Simeón, cuya autonomía duró poco más de un siglo; luego todo acabó con el destierro en Babilonia.

Recomenzó la esperanza cuando Ciro, el ungido rey persa, permitió el retorno a Jerusalén y la reconstrucción del templo. Luego, sucesivamente, caímos bajo el dominio griego, el egipcio, el seléucida. De nuevo resurgió la esperanza cuando logramos la independencia con los Macabeos, pero otra vez vino la desilusión cuando esa dinastía judía empezó a usurpar las funciones sagradas del sacerdocio judío y actuaron de manera aún más dura que las dominaciones paganas. Finalmente, desde hacía ya casi cien años, la dominación romana. ¿Cuándo llegaría el salvador que hiciera justicia al proyecto idealizado de dominación judía sobre las naciones, de las que por fin tomaría venganza?

«Haz que resurjan nuestros jefes como en el pasado y sé tú rey sobre nosotros, ¡oh Señor único!», era la oración de muchos judíos. «Y brotará un retoño del tronco de Jesé... sobre el que reposará el espíritu de Yahvé... No juzgará por vista de ojos ni argüirá por oídas de oídos, sino que juzgará en justicia al pobre y en equidad a los humildes de la tierra.» Esas expectativas de un mundo nuevo eran expresadas mediante bellas imágenes poéticas: «Habitará el lobo con el cordero y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los pastoreará. La vaca pacerá con la osa y las crías de ambas se echarán juntas, y el león como el buey comerán paja.»

Se trataba de un mundo hecho a la medida de los pobres, de los de abajo, no de acuerdo a los intereses de los poderosos. Sólo el lobo que renunciara a comer cordero entraría a ese mundo nuevo. Para muchos eso no podría darse más que mediante la destrucción de los enemigos de Israel, o la destrucción incluso de todo este mundo que era irreformable, y tendría que

ser creado de nuevo. Y la mayoría del pueblo esperaba la llegada de un mesías cuya tarea sería primero organizar la liberación de Israel de la dominación romana, tras lo cual vendría el reino de Dios sobre todo el mundo mediante el predominio de Israel sobre las naciones.

Un día llegó al Jordán, junto con otros galileos, un carpintero de Nazaret que se llamaba Jesús (ya su nombre tenía un gran significado: Yahvé salva). Era un hombre del pueblo, formado en la mentalidad farisea, que era la que más influía en el pueblo, a pesar de que los sacerdotes eran de mentalidad saducea. Se sintió atraído por Juan y su mensaje. Quizá le llamó la atención que era el primero que abría una alternativa real de salvación al pueblo, a los que llamaban *el 'am-ha-arez*, es decir, «el pueblo de la tierra».

En realidad no se sabe si venía con la intención de regresar o si buscaba un alejamiento definitivo. El movimiento de renovación de Juan no pretendía que la gente se quedara con él. Sea como sea, esa decisión de abandonar su pueblo, su trabajo, su madre y demás familiares para ir al desierto cambió su vida y, sin pretenderlo él entonces, cambió también las nuestras.

También fue bautizado por Juan, como todos, en el Jordán. A nadie le había pasado lo que a él le pasó. Salió como transformado, como quien ha visto a Dios. Después supimos que cuando él iba saliendo del agua vio —hagan cuenta— que los cielos, hasta entonces cerrados, se abrían para dejar paso al Espíritu de Dios, que venía sobre él como bajan las palomas, con ese susurro de alas, con esa suavidad. Y experimentó a un Dios que se comunicaba con él con tonos nuevos, con una ternura y cercanía insospechada, y le decía: «Tú eres mi amado hijo, a quien quiero; estoy satisfecho de ti.»

Pero había algo más: Jesús descubrió que ese Padre ofrecía una alternativa de liberación al pueblo marginado y dominado religiosa y políticamente porque era el Padre del pueblo y era responsable de esa paternidad.

Hay cosas que sólo pueden decirse mediante imágenes. ¿De qué otra manera podemos hablar de Dios? Sólo usando esas imágenes que he usado: los cielos abiertos, el Espíritu bajando

a la manera como lo hacen las palomas, la voz que se oye del cielo... Pero más allá de los símbolos, imagínense la sacudida si tuvieran una experiencia así. Si alguien te dijera «tú eres mi hijo», de pronto te sentirías ligado a él por la vida y de por vida, responsable de su nombre, de sus asuntos.

A Jesús le pasó eso. Que Dios le dijera «tú eres mi hijo querido» le hizo ver todo de manera radicalmente nueva. Y obedeció a un impulso interior de alejarse, de quedarse solo, de irse al desierto; tenía que tomar en serio esa revelación, darle tiempo de que se asentara y darse tiempo para concretar cuál debía ser su respuesta a eso que le había descubierto el Espíritu el Dios.

Jesús fue el primero que comenzó a llamar *Papá* a Dios como nadie se había atrevido a hacerlo. Allí empezó un profundo cambio en él. Era un carpintero que vivía en su mundito de maderas y de arreglos caseros; pero ese descubrimiento de un Dios así ¿podía guardárselo sólo para sí en el gozo de la contemplación? ¿Por qué los maestros no hablaban de Papá-Dios y, en cambio, ponían a los hombres delante de un Dios lejano, inaccesible, al que más bien había que tratar con mucho cuidado, con temor reverencial y algo más que reverencial?

Así comenzó para él una etapa prolongada de profundo discernimiento sobre lo que le tocaría hacer. ¿Qué quería Dios de él? Era un desconocido, no tenía preparación, nadie le haría caso. Mejor regresar a su tierra y guardarse para sí aquella experiencia, *vivir de ella*. La vida cotidiana se iluminaría para siempre con la luz del recuerdo de aquel día en que Papá-Dios le dijo: «Tú eres mi hijo querido, estoy satisfecho de ti.» Sería como si las piedras se convirtieran de pronto en pan con sólo decirlo o pensarlo y que nunca más pudiera pasar hambre.

Pero él no era ni siquiera un hijo de un sacerdote, como Juan, el maestro; no era profeta ni hijo de profetas; era carpintero, de padre carpintero y de madre pobre, una bella y aún joven nazarena pobre, sencilla, pero en cuyos ojos casi podía ver a Dios cuando le hablaba de él siendo chico. «Y, por cierto —pensaba Jesús—, lo que ella me decía de Papá-Dios se parece más a lo que ahora experimenté que todas las cosas que decían